

pio tiempo á los portugueses á las armas. A decir verdad, no les faltaba á estos deseos de sublevarse, en atencion á que aun cuando enemigos de los españoles, vienen á ser hijos de una misma nacion, que se detestan entre sí reciprocamente, la vista de los franceses hizoles recordar que pertenecian á la raza moruna de cristianos, que habitan en la Península, y que odian cuanto no es hijo de ella, y merced á esto, no deseaban otra cosa que una ocasion oportuna para sublevarse. Delante del ejército francés, sin embargo, no se atrevieron á hacerlo, y el buen orden en que Junot mantenía sus tropas, contribuyó no poco á que fuese menos penosa para ellos esta sumision. Mas asi que llegó á su noticia el alzamiento de los españoles, y al oír que estos habian vencido á los franceses, concibieron al punto, como era natural, el deseo de seguir su ejemplo, y solo aguardaban la presencia de sus antiguos aliados los ingleses, aliados y tiranos suyos á la vez, para determinar con ellos una insurreccion general.

El almirante sir Carlos Cotton cruzaba á la sazón en efecto, desde el cabo de Finisterre, al cabo de San Vicente; pero no se veian aun sus navíos mas que á cierta distancia, y se aguardaba con impaciencia la llegada de una flota que trajese á su bordo un ejército inglés. En Lisboa, donde el general Junot se hallaba con el grueso de sus tropas, no era fácil verificar la sublevacion; pero en Oporto, que ademas de participar de todos los sentimientos nacionales, reinaba el mas profundo disgusto, á consecuencia de no ver buques ingleses en sus aguas, todo estaba pronto para estallar á la primera señal de la Inglaterra.

El bizarro general Junot conocia perfectamente toda la gravedad de semejante situacion. El dia mismo en que ocurría la deplorable catástrofe de Bailen, hacia ya un mes justo que carecia de noticias de Francia, en atencion á que los ingleses, dueños como eran de la mar, no dejaban pasar ningun buque, y á que la insurreccion española que interceptaba el paso á Portugal de Norte á Mediodía, no dejaba pasar ni un correo. La noticia de los acontecimientos de Bailen, trasmitida al oído de los portugueses por el entusiasmo de los españoles, se esparció por el reino de Portugal con una rapidez increíble, y produjo en él una conmocion extraordinaria; al paso que la victoria alcanzada por nuestras tropas en Rioseco, á pesar de haber sido anterior á aquel desastre, no era conocida aun, por la razon sencilla de que el espíritu humano se apresura á propagar los hechos que le lisonjean, y pierde su eco para estender los que le son contrarios. No habia, empero, en esto gran mal, puesto que aquel dichoso triunfo, del cual debian tener bien pronto noticia los portugueses, se convirtió poco despues, como luego se verá, en un poderoso recurso para restablecer el ánimo de nuestros soldados, los cuales aunque jóvenes, se hallaban ya avezados á la guerra, estaban reorganizados y bien instruidos, y presentaban el mejor aspecto. A su entrada en Portugal componíase su número de veinte y tres mil hombres, á los cuales se agregaron luego otros tres mil. De manera, que aun cuando despues de la desastrosa marcha del otoño último, se redujo bastante su fuerza, todavia quedaban veinte y cuatro mil hombres, número suficiente para sostener el honor de las armas francesas an-



tes de rendirse, dado caso que tuviesen que sucumbir para espiar en toda la Península el atentado de Bayona.

Viéndose el general Junot tan lejos de Francia, y encerrado entre la insurrección española que se mostraba triunfante, y la mar cubierta de velas inglesas, no se hacía ilusión alguna acerca de los peligros que le amenazaban: aconsejándose empero, de su inteligencia y de su bravura, hallábase resuelto á portarse de modo que su conducta fuese completamente aprobada por Napoleón. A este fin convocó un consejo de guerra, compuesto de generales educados en la escuela de Napoleón, y sus resoluciones, por consiguiente, fueron en un todo conformes á los verdaderos principios militares. Mas si bien es cierto que estos principios fueron reconocidos unánimemente en teoría, también lo es que no se aplicaron con aquel vigor y precisión, peculiares tan solo de su ínclito dueño. Abandonar todos los puntos accesorios que ocupaban nuestras tropas, reunirse en masa para caer sobre Lisboa, á fin de contener á sus habitantes, y disponerse para obligar á replegarse mas adentro á las primeras tropas inglesas que tratasen de verificar un desembarco, era naturalmente el plan que debía concebirse y adoptarse. Resolvióse, pues, abandonar los Algarbes, el Alentejo, Beira y todos los puntos donde había tropas acantonadas, á escepcion de las dos plazas de Almeida por el lado del Norte, la de Elvas por la parte del Mediodía, y las posiciones de Setubal y Peniche sobre el litoral, con el objeto de concentrarse entre Abrantes y Lisboa. Esta resolución era buena, pero incompleta, mediante á que en los puntos mencionados

había que dejar de cuatro á cinco mil hombres, y añadiendo la fuerza que debía absorber naturalmente la capital, á duras penas quedaban de diez á doce mil soldados que oponer en caso de un desembarco, siendo así que debían reservarse quince ó diez y ocho mil hombres lo menos para una acción decisiva.

Nuestras tropas tenían cerca de sí un aliado que hubiera podido prestarles grandes servicios; el almirante ruso Siniavin con su escuadra montada por una tripulación, cuyos individuos, si bien no eran marinos muy buenos, eran en cambio soldados excelentes. Si este aliado hubiese querido abrazar francamente la causa común, hubiérale sido fácil guardar á Lisboa con sus propios recursos, y de esta manera quedaban disponibles tres ó cuatro mil franceses mas. Pero el almirante Siniavin persistió, como antes lo había hecho, en conducirse en toda la estension de la palabra, como un ruso apasionado de la Inglaterra, impregnado de odio hacia la Francia, y enteramente dispuesto á abrir los brazos al enemigo; y en esta atención respondió fría ó negativamente á cuantas instancias se le dirigieron, á fin de que cooperase al buen éxito de las armas francesas, procurando impedir la entrada de los ingleses, á lo cual estaba quizás mas obligado que Junot mismo, por su posición en medio del Tajo. Para el general francés era esta una dificultad gravísima, especialmente teniendo que reprimir una población de trescientas mil almas, cuyo espíritu no le era favorable, y en la cual había mas de veinte mil gallegos, que ejercían en ella como los sabinos ó los auverneses en París, oficios penosos, y con cuya antipatía podía contar como segura.



Con todo, como en Lisboa estaba el establecimiento principal del ejército francés, Junot esperaba lograr contener la mala voluntad de los habitantes con los soldados de depósito, los enfermos, y los que estaban destinados á custodiar el material de guerra. Así, pues, ordenó al general Loison que abandonase á Almeida con sus tropas, y al general Kellermann que hiciese otro tanto en Elvas, encargándoles á ambos al propio tiempo que dejasen una guarnición en estas plazas. Su proyecto era tener con el regreso de estas dos divisiones una masa á todas horas dispuesta para operar sobre el litoral contra los ingleses, cuyo desembarco se anunciaba como próximo.

Aun cuando la insurrección no había estallado todavía en Portugal, iba minando sordamente los espíritus, y era casi de todo punto imposible hacer llegar un correo. Enviáronse, sin embargo, al general Kellermann, y especialmente al general Loison, cuya incorporación con el ejército francés era mucho más difícil que la de Kellermann, á causa de la mayor distancia de la provincia que aquel ocupaba, tantos emisarios, que al fin se logró advertirlos á tiempo, y ponerlos al corriente de lo que se trataba. Cuando llegó el caso de que partiera el general Loison, ya se hallaba rodeado de insurgentes, á los cuales se había estendido el contagio de la insurrección española. El clero, no menos entusiasta en Portugal que en la Península, se había puesto á la cabeza de los paisanos, é interceptando todos los caminos, hacían el mismo género de guerra que se practicaba en España, atrincherando las entradas de los pueblos, ocultando los víveres, y degollando los enfermos, los heridos, ó los rezaga-

dos. Pero el general Loison era un oficial tan bizarro como el que más de su tiempo; por lo que dejando en los fuertes de Almeida mil cuatrocientos ó mil quinientos hombres de los que se hallaban peor dispuestos para sufrir las fatigas de una larga marcha, y proveyéndoles de víveres y municiones, se puso en camino con tres mil, para atravesar todo el Norte de Portugal por Almeida, La Guarda, Abrantes y Lisboa. Durante su marcha, tuvo diferentes encuentros con los revoltosos, cuya osadía castigó severamente, y haciéndose respetar por todas partes, abriéndose el paso y procurándose víveres, llegó á Abrantes sin haber perdido más que doscientos hombres durante un tránsito el más penoso y el más erizado de peligros.

No corrió peor suerte el general Kellermann al dejar á Elvas. Los Algarbes y el Alentejo habían empezado ya á agitarse, estimulados por la insurrección de Andalucía y Estremadura. El general Kellermann envió destacamentos en todas direcciones, y á Bega con especialidad, donde mandó hacer un ejemplar severo; y después de reprimir á los insurgentes, abandonó á Elvas, como había abandonado á Almeida el general Loison, dejando en la ciudad á todos aquellos que por su estado y por los ardorosos calores de julio se veían imposibilitados de ponerse en marcha, y regresó sin obstáculo alguno á Lisboa por la izquierda del Tajo. Desde este momento ya no quedaban tropas francesas más que en Almeida, Elvas, Setubal, Peniche, Lisboa y en sus cercanías.

Anunciábase generalmente, en efecto, como seguro el arribo de un ejército británico, procedente, según unos, de Gibraltar y de Sicilia, y de la Irlan-



da y el Báltico, segun otros. El almirante sir Carlos Cotton se habia aproximado diferentes veces á la costa, y prometido á los insurgentes asi en la embocadura del Duero como en la del Tajo, que iba á desembarcar en breve. La noticia, en fin, del desastre acaecido al general Dupont, la cual coincidió con todo esto, fué el último estimulante para escitar los ánimos, y el Portugal que hasta la sazón no se habia sublevado mas que parcialmente, se insurreccionó en un abrir y cerrar de ojos todo entero, desde el Minho hasta los Algarbes.

El incendio estalló en Oporto antes que en ninguna parte. Con motivo de estarse cargando una remesa de pan para los destacamentos de las tropas francesas, insurreccionóse el pueblo, apoderóse de los carros, los saqueó, y de allí á pocos instantes toda la ciudad se habia pronunciado en masa. El obispo se puso al frente de la insurreccion, y á los gritos de *viva el principe regente!* alzóse el estandarte portugués por todas partes. El incendio se propagó á las provincias, faltó poco para que se comunicara al mismo Lisboa, atravesó el Tajo, se esparció por el Alentejo, y fué á reunirse con el que por segunda vez habia estallado en Elvas, merced á su vecindad con Estremadura. Los insurgentes de Oporto se pusieron al momento en manifiesta comunicacion con los ingleses, y los de Elvas con los españoles. Una division de estos últimos compuesta de tropas de línea, avanzó desde Badajoz á Ebra para apoyar la insurreccion portuguesa.

El general Junot, que era por extremo emprendedor y activo, cediendo desgraciadamente al deseo de reprimir la insurreccion donde quiera que se

presentase, mandó al general Loison que fuese con sus tropas á dispersar á los insurgentes del Alentejo, que se hallaban en las cercanías de Ebra, y al general Margaron á que destrozase con la caballería unos pelotones que venian desde Coimbra á Lisboa. ¡Cuánto mejor hubiera sido en aquella calurosa estacion mantener sus tropas frescas y descansadas en las cercanías de Lisboa, que disminuir su número con los combates y la fatiga por querer reprimir sediciones tan prontas á renacer cuando desaparecian, como dispuestas á someterse cuando iban fuerzas sobre ellas!

El general Margaron no tuvo mas que presentarse con su caballería para dispersar y acuchillar á algunos centenares de insurgentes de los que se habian reunido en las inmediaciones de Coimbra. En cuanto al general Loison, que tenia que atravesar todo el Alentejo para alcanzar á los insurgentes de esta provincia que se habian reunido con los de Ebra, y se hallaban apoyados por un cuerpo de tropas españolas, llegó á esta ciudad despues de una difícil y penosa marcha, y encontró allí dispuestos en orden de batalla á los españoles y portugueses reunidos. Atacólos denodadamente por un flanco, y logrando arrollarlos y deshacerlos, les cogió algunas piezas de artillería, y les mató un considerable número de hombres. Acto continuo dirigióse á Ebra, y hallando cerradas las puertas de la ciudad, escaló las murallas y entró en ella á saco. Con este escelente golpe, se logró que los españoles no se atreviesen á entrar en Portugal durante algun tiempo, y someter á los portugueses á una obediencia momentánea. Nuestros soldados se hallaban cargados de botin, pero abrumados de fati-



ga, y tenían que regresar á Lisboa, sufriendo un calor sofocante.

A esta sazón empezaban ya á presentarse los ingleses tantas veces anunciados, y cuya llegada se estaba esperando despues de largo tiempo. Desde que estalló la insurreccion en Asturias, y se mandaron por la junta de Oviedo dos emisarios á Lóndres á fin de participar la sublevacion de la España, el gobierno inglés comprendió perfectamente la ocasion inopinada que se le ofrecia para multiplicar nuestros obstáculos y suscitar contra nosotros las resistencias mas tenaces. El ministro Canning-Castelreagh resolvió al punto dirigir todos sus esfuerzos hácia la Península, y suscitar en ella de una manera mas durable y con mas vastas proporciones, los obstáculos que nos deparó por un momento en las Calabrias. A este fin dióse orden á todas las fuerzas británicas de mar y tierra, que se hallaban esparcidas en el Mediterraneo, en el golfo de Gascuña, la Mancha y el Báltico, para que cooperasen al logro de tan importante objeto. Dirigiéronse cargamentos de armas y crecidas sumas de dinero á las costas de España y Portugal. Todas las tropas organizadas á consecuencia de la expedicion de Boloña, parte de las cuales acababa de distinguirse en Copenhague, fueron destinadas á operar sobre este campo de batalla. Imposible era haber escogido otro mejor y mas cómodo para la Inglaterra. Con un viento favorable se podia ir en cuatro dias desde las costas de esta nacion al cabo de Finisterre, á las bahías de la Coruña y de Vigo, y á las embocaduras del Duero y del Tajo. La inmensa marina inglesa que cruzaba sin cesar por todas estas costas, podia, siempre que la aco-

modase, proveer de víveres y municiones á un ejército, mientras que los adversarios de él tenían que pasar grandes trabajos para abastecerse en un país medio salvaje, y falto de vias de comunicacion. Los pesados y sólidos batallones británicos desembarcaban en los muchos puertos de la Península, y se guarecian en puntos bien atrincherados, desde los cuales avanzando osadamente cuando llegaba la noticia de una victoria, retrocediendo con presteza cuando sobrevenia un revés á fin de refugiarse en aquella mar que era su apoyo, y su depósito de víveres y municiones; sosteniendo sucesivamente en caso de ofensiva á los ágiles españoles contra el choque impetuoso del ejército francés, ó dejándolos salir del paso como pudiesen en caso de retirada, por medio de la dispersion ó una sumision momentánea; y volviendo á empezar esta maniohra sin cansarse hasta que el poder francés sucumbiese á la fatiga, iban á hacer la sola guerra que les convenia, y la única que podia darles buenos resultados en el continente.

Dieronse, pues, con estremada prontitud las órdenes para una gran expedicion. Cinco mil hombres al mando del general Spencer, los cuales habian venido de Egipto á Sicilia, fueron trasportados á Gibraltar y desde Gibraltar á Cadiz, donde se retrajeron los españoles de recibirlos, aplazandola aceptacion de sus servicios para mas en adelante. Estos cinco mil ingleses, á quienes no se quiso recibir en Cadiz, fueron desembarcados en las embocaduras del Guadiana sobre el territorio de Portugal, donde se hallaban esperando el momento favorable para ponerse en accion. En Corck (Irlanda) habia otros diez mil hombres, los cuales fueron embarcados inme-



diatamente á bordo de una flotilla escoltada por navios de linea, dándoles por gefe á un oficial que se habia hecho ya conocer en la India, y el cual acababa entonces de prestar grandes servicios al general Cathcart en Copenhague: este oficial era sir Arturo Wellesley, célebre posteriormente así por su buena fortuna como por sus grandes prendas militares, bajo el título de duque de Wellington. Las instrucciones que recibió, fueron las de que se diese á la vela para la Coruña, que ofreciese á los insurgentes de Asturias y de Galicia la cooperación de las fuerzas inglesas, y que se emplease, en fin, haciendo por todas partes á los franceses cuanto daño le fuese posible. El general Spencer tenia orden de acudir á ponerse bajo el mando de sir Arturo Wellesley en el momento que se le requiriera para ello. De modo que este general iba á verse pronto á la cabeza de quince mil hombres. Estas tropas sin embargo, no eran mas que una parte de las que se destinaban á la Península. Hallábanse ademas cinco mil hombres al mando de los generales Anstruther y Ackland, en Ramsgate y Harwich, y ya se habian dirigido á estos dos puntos buques de trasporte para conducir aquellas adonde se hallaba sir Arturo Wellesley y ponerlas bajo sus órdenes. El reunir todas estas fuerzas en un solo punto era obra únicamente de diez ó doce dias, merced á la proximidad de los lugares y á los vastos medios de la marina inglesa. Sir John Moore, por último, que volvía del Báltico con once mil hombres de tropa, debia encaminarse tambien muy pronto á la Península con el objeto de verificar en sus costas una concentración general.

Despues de mandar reunir estas fuerzas, cuyo

total ascenderia próximamente á unos treinta mil hombres, creyóse que no era prudente ponerlas todas á las órdenes de sir Arturo Wellesley, demasiado jóven aun en edad y renombre para mandar un ejército, que á los ojos de los ingleses podia pasar por muy considerable: bajo este supuesto confirióse el mando superior á sir Hew Dalrymple, gobernador á la sazón de Gibraltar, y nombróse para gefe de estado mayor á sir Henri Borrard. Mientras que se verificaba la reunion de todas estas tropas y llegaba á encargarse de su mando sir Hew Dalrymple, sir Arturo Wellesley debia dirigir las primeras operaciones á la cabeza de los diez mil hombres procedentes de Corek y de los cinco mil que habian desembarcado en las costas de los Algarbes. El almirante sir Carlos Cotton, comandante general de las fuerzas navales de Inglaterra en estos mares, tenia orden de secundar todos los movimientos de los ejércitos.

Las tropas inglesas de Corek, que se embarcaron el 12 de julio, se hallaban el 20 delante de la Coruña, y componian una inmensa flotilla que los españoles contemplaban con satisfaccion, al considerar que se hallaban tan bien sostenidos. La vista de aquella fuerza considerable, que presagiaba la llegada de otras mayores, los consoló algun tanto de la derrota de los generales Blake y Cuesta en Rioseco, al paso que les hizo concebir nuevas y grandes esperanzas sobre la lucha empeñada contra Napoleon. Esto no obstante, se resistieron, como los andaluces, á recibir á las tropas inglesas en su territorio, teniendo en cuenta, sin duda, que se hallaba tan cerca el arsenal del Ferrol. Lo que si hicieron, fué aceptar gran cantidad de armas,



y dinero hasta la suma de unas quince mil libras esterlinas (50.000.000 de reales próximamente) empeñando al propio tiempo á los ingleses á que dirigieran sus esfuerzos hácia Portugal, cuya nacion les importaba arrebatar á los franceses casi tanto como la España misma.

Sir Arturo Wellesley se apresuró á trasladarse á Oporto, donde fué recibido con una extraordinaria alegría, porque los comerciantes portugueses, cuya ganancia principal estribaba en sus relaciones comerciales con Inglaterra, veian satisfechas de este modo sus pasiones y sus intereses á un tiempo mismo. Desde aquel momento dirigióse ya de una manera decidida la accion británica hacia el Portugal, y esta resolucion que convenia á los españoles, para quienes el estrangero era siempre sospechoso, convenia igualmente á los ingleses, los cuales debian desear ante todo que Portugal quedase libre, al propio tiempo que redundaba en beneficio de la causa comun, puesto que el objeto de la coalicion era lanzar á los franceses de la Península entera. Restaba, pues, saber, qué punto se escogeria para verificar el desembarco á presencia de las tropas francesas, en el cual se corriese menos riesgo de tener que replegarse hácia la mar.

Sir Arturo Wellesley dejó á su convoy que cruzara desde la embocadura del Duero á la del Tajo, y pasó á avistarse con sir Carlos Cotton, que se hallaba delante del Tajo mismo, para concertar con él su plan de desembarco. Saltar en tierra á la entrada del Tajo, tenia la ventaja de desembarcar cerca del objeto principal de sus miras, mediante á que Lisboa solo dista de allí dos leguas, y se podia, por tanto, comunicar á la poblacion numerosa de

esta capital tan grande impulso, que no pudiesen hacer frente nuestras tropas á la conmocion que resultase, no pasando, como no pasaba su número, de unos quince mil hombres, incluso los enfermos, y hallándose entre trescientos mil habitantes todos enemigos. Efectivamente: si la poblacion de Lisboa llegaba á sublevarse en el momento mismo en que avanzaba para sostenerla un ejército ingles, ¿no era muy posible que todo quedase terminado en una sola jornada? Pero las tropas francesas ocupaban todos los fuertes, el pueblo de Lisboa estaba habituado á la dominacion de nuestro ejército, la costa de la embocadura del Tajo es á derecha é izquierda peligrosísima por la resaca de la mar, y un cambio de tiempo podia muy bien entregar á los franceses la mitad del ejército inglés antes que la otra mitad hubiese terminado su desembarco. Agréguese á esto que el saltar en tierra en un punto tan poco distante del en que se hallaba un poderoso y temible adversario, contra el cual no estaban aun acostumbrados los ingleses á combatir, ofrecia tambien grandes riesgos.

Por todas estas consideraciones, sir Arturo Wellesley resolvió de acuerdo con sir Carlos Cotton, desembarcar entre Oporto y Lisboa, á la embocadura del Mondego, y cerca de una bahía bastante cómoda que domina el fuerte de Figuera, el cual no habia sido ocupado por los franceses. La eleccion de este punto, situado á cierta distancia de Lisboa, proporcionaba á sir Arturo Wellesley la ventaja de poder saltar en tierra antes de que los franceses pudiesen ir á estorbárselo, la de esperar el cuerpo de ejército del general Spencer á quien habia mandado la orden para que fuese á incorpo-



rarsele, y la de poder, así que se verificase el desembarco de sus quince mil hombres, avanzar hácia Lisboa por la costa á fin de aprovechar cuantas ocasiones le deparase la fortuna. El mencionado punto le pareció tanto mas preferible, quanto que, sabiendo que el ejército francés constaba á lo sumo de veinte ó veinte y dos mil hombres, de los cuales se hallaba un considerable número guarneciendo algunas plazas, y la capital especialmente, calculaba, que á duras penas podrian marchar contra él diez ó doce mil, y tenia además la ventaja de poder aproximarse á Lisboa sin separarse de la mar, tanto para proporcionar víveres á su gente, como para volver á embarcarla en caso de necesidad, aprove hando entre tanto cualquiera coyuntura que se le ofreciese de intentar un buen golpe sin correr peligro. Sabiendo por otra parte que sir Hew Dalrymple debia reemplazarle pronto, hallábase impaciente por ejecutar cualquier brillante accion antes de pasar á las órdenes del que iba á sustituirle en el mando. Todas estas resoluciones eran á cual mas acertadas, y denotaban ya en aquel general inglés las cualidades eminentes que su carrera reveló bien pronto; á saber el buen sentido y la firmeza, que son sin disputa las primeras despues del genio.

Sir Arturo Wellesley empezó el desembarco de sus tropas el 1.º de agosto en la embocadura del Mondego. Aquella mar, frecuentemente agitada por los vientos de Oeste, interrumpió varias veces el desembarco de los hombres y del material. Esto no obstante, al cabo de cinco ó seis dias ya se hallaban en tierra los nueve ó diez mil soldados procedentes de Corck con todo el inmenso tren que lle-

van tras de sí los ejércitos ingleses. Antes de recibir las órdenes de sir Arturo Wellesley, el general Spencer, á cuya noticia habia ya llegado la del desastre del general Dupont, se habia embarcado á fin de dirigir á otra parte sus esfuerzos, conociendo que ningun servicio podia prestar ya en Andalucía, cuyo territorio quedaba libre por algun tiempo de tropas francesas. Sabedor del arribo de las fuerzas de Corck, enderezó el rumbo hácia la embocadura del Mondego, á fin de incorporarse con ellas, y para el 8 de agosto ya habia verificado su desembarco y reunidose al cuerpo de ejército de sir Arturo Wellesley. De manera que éste se halló á la cabeza de un ejército de catorce á quince mil hombres, compuesto casi todo de infanteria y artilleria, mediante á que siendo la caballeria de difícil trasporte por mar, y hasta imposible cuando hay que atravesar cierta distancia, solo contaba con unos cuatrocientos caballos. Esta falta, sin embargo, supliala lo excelente de su infanteria, la cual reunia todas las buenas cualidades peculiares del ejército inglés, formado, como es sabido, de hombres de todas clases que se enganchan voluntariamente en sus filas para servir por espacio de la mayor parte de su vida en ellas; que viven sujetos á una disciplina temible, merced á la cual suele matárseles á palos por las menores faltas, y convertirse al mas solemne bribon en un soldado dócil y obediente, y que marchan, por último, hácia el peligro con una sumision invariable en pos de oficiales dechados de honra y bizarría. El soldado inglés, que cuando está bien vestido y bien racionado se bate perfectamente, y que aun cuando lento en las marchas por no estar acostumbrado á ellas y por carecer de ardor



propio, es firme, y hasta casi invencible en ciertas posiciones, en las que la naturaleza del sitio secunda su carácter resistente, se muestra débil cuando se le precisa á marchar, atacar, y á vencer dificultades de esas que solo pueden superarse con rapidez, audacia y entusiasmo. El soldado inglés, en una palabra, es firme, pero no emprendedor. De modo que así como el soldado francés por su ardor, su energía, su ligereza y sus buenas disposiciones para arrostrarlo todo, era el instrumento predestinado del genio de Napoleon, el soldado firme y lento de la Inglaterra cuadraba como de molde al espíritu no muy vasto, pero prudente y resuelto de sir Arturo Wellesley. Con soldados de este género ninguno recurso mejor hubiera podido adoptarse por los franceses que el de intentar alejarlos del mar, y obligarlos, si era posible, á andar mucho, á acometer empresas, y á que mostrasen, en fin, sus defectos; esto hubiera sido, á no dudarlo, mucho mas conveniente que el depararles ocasion de que aprovecharen sus buenas cualidades atacándolos en fuertes posiciones. Pero el bizarro é impetuoso Junot no era capaz de conducirse con tanta prudencia y cálculo, y debia temerse, por tanto, que su impetuosidad se estrellase contra la tenacidad indiferente de los soldados de Inglaterra.

Sir Arturo Wellesley emprendió la marcha el 8 de agosto, y se encaminó hacia Lisboa, siguiendo constantemente la orilla del mar, á fin de tener siempre á la mano provisiones para su ejército y medios para la retirada. Desde su entrada en el territorio portugués, tuvo grandes discusiones con los insurgentes, los cuales habian formado un ejército de cinco ó seis mil hombres á las órdenes

del general Freyre, reuniendo todas sus fuerzas en el Norte. Sir Arturo Wellesley hubiera querido llevarlos consigo para cubrir sus flancos. Pero los portugueses, ora tuviesen miedo de acercarse mucho á las tropas francesas, de lo cual los acusó el general inglés ante su gobierno, ora confiaran poco en auxiliares prontos á refugiarse en sus navios al primer revés, dejando á los aliados espuestos á los golpes del enemigo, mostraron algunas exigencias á las cuales no quiso acceder el general de las tropas británicas, entre ellas, la de que los sustentase el ejército inglés con los recursos que sacaba de sus navios. Habiendo sido rechazada esta pretension, los portugueses tomaron el partido de obrar por su propia cuenta, y dirigiéndose hácia el interior, abandonaron á sus aliados el camino del litoral, limitándose á darles mil cuatrocientos hombres de infanteria ligera y unos trescientos caballos, para que pudiesen utilizarlos para las esploraciones.

En el momento mismo en que el general Junot supo en Lisboa, por el regocijo mal disimulado de los habitantes primero, y de una manera mas positiva despues, el desembarco de un ejército británico, formó la resolucion de salir á su encuentro á fin de obligarle á que volviese á buscar un refugio en sus navios. Concentrarse inmediatamente, retirar hasta el último soldado de todos los puntos de una importancia secundaria, reducirse á la vigilancia y custodia de Lisboa, no dejar en esta capital mas que aquella gente imposibilitada de emprender la marcha, y salir al encuentro de los ingleses con quince ó diez y ocho mil hombres, escogiendo para atacarlos el momento oportuno en



que careciesen de sus ventajas naturales; esto es, cuando no pudiesen usar de la defensiva, era la resolucion mas conveniente y la única que se debió adoptar. Pero el general Junot se limitó por desgracia á concentrarse de una manera incompleta, y á mayor abundamiento le perdió su impaciencia por atacar donde quiera que se encontrasen á los ingleses, á fin de obligarlos á volverse á la mar lo antes posible.

Para entonces ya habia sacrificado entre los destacamentos de Almeida, Elvas, Setubal, Peniche y otros diferentes puntos cuatro ó cinco mil hombres. Las expediciones que acababan de verificar por orden suya los generales Loison, Margaron, y otros, habian puesto tambien fuera de combate ó imposibilitados á consecuencia de las fatigas gran número de hombres, y escasamente podia ya, por tanto, oponer un ejército de diez ó doce mil á un enemigo que se componia de catorce ó quince mil soldados, y que dentro de poco tiempo podia constar de veinte ó treinta mil. Junot espidió órdenes al general Loison para que regresase del Alentejo, é hizo salir al general Delaborde con su division al encuentro de los ingleses, á fin de observarlos, entretenerlos, y ostigarlos hasta que pudiese marchar contra ellos el grueso de nuestras tropas disponibles. Acto continuo preparóse él mismo para salir con la reserva cuando el enemigo se hallase mas cerca de Lisboa, calculando que de este modo podria encontrarlo, batirlo y vencerlo sin pasar mas de cuatro dias fuera de la córte, y presumiendo con sobrada razon que su presencia y la de la reserva no podian faltar largo tiempo de ella sin arriesgarse á graves inconvenientes.

En su consecuencia el general Delaborde con las tropas del general Margaron fué el primero que se dirigió por Leiria al encuentro de los ingleses, mientras que el general Loison volvia del Alentejo á marchas dobles para incorporarse en Abrantes, é iba, en fin, el mismo Junot á completar la concentracion de fuerzas, trayendo consigo todas cuantas fuese posible sacar de Lisboa.

El general Delaborde avistó á las tropas inglesas el 14 ó el 15, y antes de aproximarse á ellas, á fin de atacarlas, aguardaba la reunion de la division Loison, quien por su parte, hacia los mayores esfuerzos por acelerar la marcha, pero cuyas tropas se hallaban estenuadas de calor y de fatiga. El 16 de agosto, sin embargo, tropezóse aquel con las avanzadas del enemigo, y el 17 tuvo que combatir las de una manera, que probó evidentemente cuantas ventajas se hubieran obtenido dejando tomar á los ingleses la iniciativa en los ataques.

El general Delaborde, antiguo militar dotado de gran esperiencia y energia, anduvo flanqueando á los ingleses por el camino del litoral que venia á desembocar en Torres-Vedras, y el 16 de agosto por la tarde llega á juntarse con ellos en las cercanias de Obidos. Retirándose tranquila y lentamente, como habia hecho hasta entonces, su objeto era aguardar á que se ofreciese una posicion ventajosa para hacerles sentir el valor de sus soldados sin necesidad de empeñar por ello un combate decisivo, que ni queria ni debia arriesgar antes de la concentracion general de las tropas francesas. La posicion, objeto de sus deseos, la encontró en Rolica en medio de una llanura pedre-